

DIRECTORA:

SARA CASAL Vda. DE QUIROS

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA mi casa de

habitación N° 2730

BARRIO: LA California

Av. 1ª Calles 27-29

# REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Suscripción Mensual

—de—

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XVI

San José, C. R., Domingo 28 de Abril 1946

No. 682

Es María fragante azucena de la Santísima Trinidad la cual se recrea en los hechizos de la Hija, busca los graciosos amores de la Madre y se deja arastrar por los encantos de la Esposa.

Lirio inmaculado, tan perfecto, que ni sombra de mancha ha caído en su corola. Azucena que, abierta ya en el Paraíso con la promesa, llenó de celestes perfumes, esto es, de redentoras esperanzas a la humanidad.

Flor bellísima, singularmente cultivada por Dios, que ha de engendrar y ofrecer al mundo al divino Pimpollo, al fruto bendito, Jesús, que da la vida eterna.

Tras la Concepción Inmaculada de María, ¡cuán cercana y segura está la venida de Emanuel, Salvador del mundo!

María es como la aurora sin celajes que previene a Jesús, sol de amor y de vida. En el alma que vive la Inmaculada Flor del cielo no penetran las infernales pestilencias de la culpa; el corazón que logra introducirse, cual argentada mariposa en la purísima Azucena, con seguridad ha de saturarse de las divinas mieles del santo amor de Dios.

Plantemos y cultivemos esmeradamente en

## ¡Cuán dulce debe ser morir en los brazos de María!

La mayor merced que podemos recibir en esta vida, es la de morir trabajando por la Virgen amándola, propagando sus glorias. ¡Cuán dulce debe ser morir en los brazos de María!

Pues así mueren los que en vida se entregaron del todo a la Madre de Dios. Ella proporciona a sus servidores gracias abundantísimas con las cuales vence a los enemigos de nuestra salvación; hermosea el alma de forma que la



nuestra alma la flor Inmaculada, María, y bien pronto, en seguida, comeremos el sabroso y divino Fruto, Jesús. — P. Gonzalo.

hace agradable a los ojos de Dios, y nos hace dignos de vivir continuamente en sus brazos, y de ellos, en dulce sueño, pasar a gozar las glorias del Señor. ¡Bienaventurados de nosotros si rendidos por el trabajo en honor de María nos dormimos en su regazo! Los ángeles velarán nuestro sueño y Jesús recibirá nuestra primera sonrisa en la eternidad". . . . .

R. P. Fr. José del Valle

## Dios en el hogar

Por el R. P. Juan A. O'Brien, Ph. D., Catedrático de la Univer. de Notre Dame

Id y reproducíos y poblad la tierra.  
Génesis, I, 28.

*Una casita bien llena, -un terrenito bien cultivado y una mujercita de buena voluntad; son grandes riquezas.—John Ray. (English Proverbs).*

Un hogar que carece del ruido de pisadas de niños y del sonido de su risa y juego, es como el día en que las rosas y el brillo del sol han desaparecido. Son los niños los que convierten a la casa en un hogar. Ellos le añaden felicidad, dicha, orgullo, ansiedad, angustia, interés y la extraña mezcla de risa y lágrimas que forman el rico y variado compás de la vida humana. Es difícil entrar a un hogar, en que faltan niños aun involuntariamente, sin sentir cierta tristeza y vacío.

Esto nos induce a considerar otra de las divinas especificaciones concernientes al matrimonio y al hogar. Esta es la ley de Dios Todopoderoso: "Id y multiplicaos". Esta divina ordenanza pronunciada en los oídos de nuestros primeros padres y escrita en los instintos de nuestra naturaleza, es un requisito básico para la conservación de la raza; lo mismo que para su bienestar y felicidad. Hace brotar en claro relieve la importante verdad que el matrimonio porta consigo, con sus responsabilidades y obli-

gaciones lo mismo que con sus derechos y privilegios. Aprovechar lo segundo y desentenderse de lo anterior es degradar la noble institución del matrimonio y robar gran parte de su significado.

El propósito del matrimonio es doble: la procreación de la raza y el promover un mutuo amor, simpatía y comprensión. Dios Todopoderoso pide a las parejas casadas que participen con El en la sublime misión de traer a la existencia seres humanos. De esta manera se ofrece a los padres la dicha de verse perpetuados en sus descendientes. Así pueden llenar su hogar con la melodía de risas infantiles y con la alegría de sus juegos. Así también pueden, padre y madre, unir sus corazones más estrechamente por medio del amor de sus niños. Tal es la orden de Dios, tal es el dictado de la razón y tal es el mandato de nuestros propios instintos, reflejando en una clara forma el mandato del Altísimo.

Así siendo el divino ungido Guardián de la revelación de Cristo, la Iglesia Católica ha abogado a través de los siglos por la unidad y santidad del contrato matrimonial y por el cumplimiento de su fin esencial. Hoy día, más que nunca la Iglesia encuentra necesario el proclamar en solemne manera el deber de las parejas casadas de compartir las responsabilidades en honesta forma.

# FARMACIA Dr. M. FISCHEL

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,  
SUEROS Y VACUNAS

*Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischel siempre encuentra lo que busca*

## OBREN CON RECTITUD

Ella ha visto la necesidad de condenar la práctica general de limitar los nacimientos, por medio de la contracepción y por acciones inmorales. "Ninguna dificultad puede surgir", declara el Papa Pío XI en su encíclica sobre el Matrimonio Cristiano, "que justifique el poner de lado la Ley de Dios que prohíbe todo acto intrínsecamente malo. No existe la ocasión en que el marido y mujer no puedan, fortalecidos por la gracia de Dios, cumplir fielmente sus obligaciones y conservar en la unión matrimonial la castidad inmaculada.

Sean honestos, dice la Iglesia a los casados, con ustedes mismos, con la sociedad y con Dios, adquiriendo el ideal de la honesta y razonable generación. Hay algo aborrecible en esos matrimonios, tan egoísta, que se olvidan de todo menos de sí mismos. Ellos ignoran el significado esencial del matrimonio y lo transforman en una institución exclusiva de placer, descuidando sus deberes para con la sociedad, para con su potencialidad creadora y para con su Creador.

¿Dónde estarían ustedes, pregunta la Iglesia a tales parejas, si sus padres hubieran actuado de esta manera egoísta? Su egoísmo incurre en el desagrado no sólo de la sociedad, que espera contribuyan al aumento de la nación sino de Dios también. Ustedes pagarán por su cobarde egoísmo a su debido tiempo,

y en la eternidad también. Ustedes pagarán a su debido tiempo por los años de soledad que los espera en sus años de madurez y en la vejez. Pagarán en la eternidad cuando se presenten a juicio ante el Todopoderoso y para dar cuenta de su obra en la tierra. La preciosa diadema de joyas que adorna la corona de padres y madres que han criado niños para honor y gloria de Dios, brillará por su ausencia en este caso. Ustedes oirán de Dios Todopoderoso, el Justo Juez, la condena pronunciada contra los que deliberada y maliciosamente violan su sagrado mandato: "Id y multiplícaos".

Las enseñanzas de la Iglesia sobre este particular, reflejando el pensamiento del divino Fundador, están de acuerdo con la razón, con la ciencia moderna, con la felicidad de la familia y con el bienestar de la nación. Contra la aseveración de muchos incrédulos, la Iglesia no pretende que los padres tengan el mayor número posible de hijos. Al mismo tiempo que se interesa muchísimo en el valor de la vida humana y desea ver este gran don (de procrear) transmitido con la generosidad que se refleja en el corazón de Dios, también tiene un sumo interés y aprecio por la salud de los padres y por el práctico entendimiento de los requisitos materiales necesarios para la apropiada crianza de la prole.

La infelicidad en el matrimonio, la esterilidad voluntaria, infidelidad y divorcio marchan juntos. El uso de medios preventivos acaba de formar hogares sin hijos, que son fértil tierra de divorcios. Sin hijos que absorban el amor y solicitud, el marido y su mujer son una fácil presa del egoísmo, son sensibles e irritables. El lado egoísta de su naturaleza que sube a la superficie, sólo puede ser reprimido con la paternidad. Al invalidarles el aburrimiento y el tedio, enseguida piensan en el divorcio. Que esto no sea mera forma de hablar, lo prueba el hecho de que el 85% de los divorcios ocurren en los hogares que no tienen hijos, o a lo más, uno solo.

**CONSULTORIO OPTICO**

**"RIVERA"**

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO:

PRECIOS

Fronte al Gran Hotel Costa Rica

*Dad al niño calor de hogar y habréis hecho un hombre feliz*

## Como purificar el ambiente

### "Levantémonos de madrugada" para oír Misa

—Dice la Sagrada Escritura de Job, que era "hombre sencillo y recto y temeroso de Dios, y que se apartaba del mal". Tenía siete hijos y tres hijas, y era muy rico. Los hijos celebraban por turno banquetes en sus casas e invitaban a sus hermanas. Terminados los banquetes, ¿sabes qué-hacía Job?... "Levantándose de madrugada ofrecía holocausto a Dios por cada uno de ellos. Porque decía: No sea que mis hijos hayan pecado y desechado a Dios en sus corazones"... (Job, I, 1-5).

—¿A qué viene todo eso? ¿Quieres que lo imitemos?

—¿Y por qué no? Pero a nuestro modo. Dirijamos como él la vista a nuestro alrededor. ¿No es verdad que en la misma ciudad en que vivimos —o si quieres en nuestra parroquia, tal vez en nuestra familia— hay "hermanos", miembros de la misma Iglesia, que se reúnen, cada día o cada noche, para sus "festines", esto es, para "pecar y desechan a Dios en sus corazones" ... ¿No ves cómo se va cargando la atmósfera espiritual, provocando más y más la justicia divina con los vapores que suben de tanto centro de placer, verdadera sentina de vicios, focos infectos de esa corrupción moral que nos está asfixiando?...

Es necesario desinfectar cada día esa atmósfera, saturándola en cambio de perfumes que aplaquen a la divina Justicia y muevan al Se-

ñor a mirarnos con ojos misericordiosos. ¿Cómo?... Levantándonos, como Job, de madrugada para ofrecer holocaustos a Dios, ¿no es así?

—Así es, pero ¿qué somos nosotros para limpiar tanta maldad?

—Ciertamente, somos incapaces, así como también lo somos para disipar las tinieblas nocturnas. Pero así como el Señor, en su bondad, nos envía un sol que las disipe y convierta en claro y venturoso día lo que antes sólo era oscuridad; así también nos proporciona otro "Sol espiritual" para limpiar toda esa podredumbre moral y devolver las esperanzas de salvación al mundo prevaricador.

—Y ese "sol", ¿cuál es?

—¿No lo sabes?... Es el "Sol eucarístico", que nace y se sacrifica cada día en la Santa Misa. Es, como dice hermosamente Pío XII en su Encíclica "Cörporis Mystici", "el Cordero sin mancilla, hecho presente en el altar a la sola voz del Sacerdote, como hostia agradabilísima de alabanza y propiciación por las necesidades de toda la Iglesia", y particularmente por nuestra misma ciudad o parroquia. Y ese "Cordero sin mancilla" lo ofrece el Eterno Padre, no sólo el Sacerdote, sino también por su medio "los mismos fieles, reunidos en comunes votos y oraciones"...

Como Job, pues, "levantémonos de madru-

## BETTINA DE HOLST HIJOS

*LE OFRECEN: Finísima tela de puro lino para manteles de Altar, una yarda de ancho. Malin de seda blanco para novias, 2 yurdas de ancho*

gada", aunque cueste sacrificio, para "ofrecer nuestro holocausto" o sacrificio eucarístico a Dios. "No sea que mis hijos hayan pecado y desechado a Dios en sus corazones" —puede decir el Párroco— "no sea que mis hermanos hayan pecado y desechado a Dios en sus corazones" —pueden decir los simples fieles—. Y así, unidos todos en esa purificación o desinfección del ambiente espiritual, pueden convertir sus hediondos vapores en nubes benéficas que derramen copiosa lluvia de bendiciones divinas sobre todos, buenos y malos: sobre los buenos, para que aspiren a ser mejores; y sobre los malos, para que dejen su vida perversa y se conviertan a nuestro buen Padre celestial...  
¿No ves ahora, Juan, cómo con sólo con-

siderarnos lo que somos: miembros del Cuerpo místico de Cristo, y asistiendo como "miembros sanos", esto es, en estado de gracia, a este Sacrificio eucarístico, podemos ser, a pesar de nuestra pequeñez e insignificancia, muy útiles a los demás?...

Todo está en resolverse a hacer el sacrificio de "levantarse de madrugada" para oír Misa, como desea la Iglesia, y vuelve a recomendarlo por medio del Decreto que vamos estudiando.

Juan, ¿te atreves a ese "sacrificio"?... Haz la prueba y verás cómo a medida que le "cojas el gusto", el "sacrificio" se irá convirtiendo en "beneficio": en singular favor que nos dispensa el Señor admitiéndonos a su Sacrificio y Banquete eucarísticos.

De "El Propagandista Católico".

## La Invención de la Santa Cruz

Cómo no añorar viejas costumbres de rai-gambre hispana! "Alabado sea Dios", saludo de hermanos en Cristo. Alabanza al Creador, que resonaba en la paz de los campos, en la tierra labrada, en el bullicio de las aldeas, entre gente moza, y entre gente vieja; en apartados caminos, en la espesura del bosque... en donde quiera que dos seres humanos se encontraban.

Y aquella otra, la de honrar la Santa Cruz el día tres de mayo? Recuerdo, que en uno de esos atardeceres de indecible encanto, que traen consigo los días claros de invierno en nuestra Meseta, en que el Cielo nos regala sus mejores celajes y en que los rayos del sol al quebrarse sobre las copas de los árboles, en los techos de las casas y en las crestas de los montes, lo inundan todo de amarillenta luz, dejando a trechos manchas oscuras como las sombras de un Rembrandt, llegué a un pueblecito adornado de cruces; celebraban el día de la Santa Cruz. Había cruces en las paredes blancas de cal; en la cerca de piedra cubierta

de líquenes; en las casi derruidas tapias de auobes; en los ranchitos de hojas y pedazos de lata y tablas. En todas partes cruces y flores. Flores de jardín y flores silvestres; la binka y la clavelina rivalizaban con la santalucía y con las blancas y pequeñas margaritas de la artemisa, combinadas todas con el aroma del mirto, la malva de olor y el tomillo. Pero dominando belleza de color y suavidad de perfume, inundábalo todo, elevándose al Cielo, la plegaria de amor y reverencia que el alma del campesino cantaba a Dios, en su Cruz de mayo.

Antiquísima costumbre que no debiera perder el pueblo católico y que data desde los lejanos días en que Santa Elena, octogenaria casi, y muy achacosa, sintió en su espíritu la inquietud divina de buscar la Cruz de Cristo. A pesar de sus años y sus achaques se dirigió a los Santos Lugares. En el Calvario habían colocado los gentiles una estatua de Venus para impedir la adoración de los cristianos. Venciendo innumerables trabajos y perplejidades, logró, tras identificación milagrosa, encontrar-

**¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,  
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!**

la cerca del Santo Sepulcro. Llena de gozo dió gracias a Dios y edificó allí un lujoso templo, para dejar en él, una parte de la Santa Cruz bellamente engarzada. La otra parte la envió a su hijo, el Emperador Constantino, el cual la colocó en un templo que construyó en Roma y que luego se llamó "De la Santa Cruz de Jerusalén". También ordenó este Em-

perador que, desde entonces, ningún malhechor fuera crucificado. "Mandó poner en la mano derecha de sus estatuas un globo que representara al mundo y sobre el globo la cruz, para que entendieran todos que el mundo había sido conquistado por la Cruz".

*Alejandra*

## El Testamento de Litz,

famoso compositor y pianista, escrito en 1860, fué una encendida confesión de fe.

"He aquí mi testamento. Lo escribo hoy, 14 de setiembre, día de la Exaltación de la Santa Cruz; festividad que armoniza muy bien con el sentimiento que predominó en toda mi vida atormentada... Sí, mi verdadera devoción fué el deseo exaltado de la Cruz, la gloria de tu Cruz, ¡oh Jesús crucificado!... La sentía en el fondo de mi alma desde los dieciséis años cuando, con los ojos llenos de lágrimas pedía para ingresar en el Seminario de París, con la única ilusión de vivir en él una vida de santidad y acaso merecer el cielo con el martirio. Desgraciadamente para mí, no sucedió así.

No obstante, aunque muchas veces tropecé

en mi vida y aun caí —de lo cual me arrepiento con toda mi alma— nunca perdí de vista el fulgor de la Sagrada Cruz; más aún, algunas veces, sentía mi alma inundada por ese divino fulgor.

Por ello, doy gracias a Dios bondadoso crucificado, y entrego mi alma a la Cruz, a mi Redentor y Salvador. Y como prueba de mi fe, antes de morir, quiero recibir los Sacramentos de la Santa Madre Iglesia Católica, apostólica, romana, para de ese modo obtener el perdón de mis culpas y la absolución de ellas".

## Sueño de Oro

Tarde repuscular... Celajes de oro que irradian paz y serenidad... ¡Soñemos al mirar esta cascada de sol!

¡Qué hermoso sería introducirnos suave-

mente entre los rayos del astro rey! ¡Cómo nos sentiríamos cubiertos con este tesoro inmenso que se mira en el celaje, a la hora en que la campana del templo cercano nos anuncia la oración del Angelus!

Los celajes se oscurecen lentamente, y la irradiación se va extinguiendo... ¡Ha terminado el sueño de oro para levantar los ojos al Cielo, y creer que entre las primeras estrellas, descende con infinita ternura y abriendo sus brazos adorables, el espíritu de Dios, que llenará todos los ámbitos en esta noche de paz!...

*Jenarina Ramírez B.*

San Joaquín de Flores, marzo de 1946.

(Para "Revista Costarricense")

### Joyería MULLER

La más antigua y acreditada joyería, donde encontrará usted: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para bodas

*Procuremos que los niños construyan jubilosamente sus fantásticos sueños*

# NOVELA

Luis murmuró con infinita desolación

—La matará usted.

—No lo creas. Espero mucho de su orgullo. Reaccionará.

—Pero, señor Antonio, compréndame usted. Lo crea usted o no lo crea, el caso es que es un hecho real y palmario que Josefina y yo nos queremos. No sé cómo podrá quererme ella. Yo, de mí, sé decir que por ella me he quedado en La Foya y he admitido la ayuda de usted encadenándome a una vida de trabajo muy duro... más duro para mí que para otros porque no me educaron para él. He renunciado a otro porvenir más de acuerdo con mi condición social; he roto con relaciones, con amistades... Claro que usted creará que si hice eso es porque en el fondo había una conveniencia; pero yo le juro a usted por la salvación de mi alma que, al hacerlo, sólo pensaba que únicamente así podría merecer a Josefina; que sólo así podría estar más cerca de ella, verla, oír-la, mirarla... Aun no sabía que la amaba y ya todo mi ser estaba encadenado a ella. Usted podría prohibir nuestro matrimonio: ya sé yo que su hija le respeta y le quiere demasiado para casarse prescindiendo de su consentimiento. Ni yo la recibiría tampoco en esa forma, llevando sobre mi conciencia el peso de una desavenencia entre ustedes...

Estas palabras de Luis parecieron causar muy profunda impresión en el molinero; pero la dominó y le dejó hablar.

—... pero no podrá usted impedir que Josefina me quiera. Seremos espiritualmente el uno del otro, haga usted lo que haga.

—Escucha, Luis —dijo el señor Vaquer, poniéndole amistosamente al muchacho una mano sobre el hombro—. Yo quisiera que no interpretaras con rencor mis palabras ni mi actitud; quisiera que miraras el asunto como un hombre. Te he conocido desde que naciste; quise a tu padre como a mi mejor amigo; estimé y respeté a tu madre como lo que es, una san-

ta. Creo haberos probado mi adhesión en distintas ocasiones. A todos. De tu abuela, no habremos. Es mejor. Y quiero que comprendas que yo no te hablaría así si no estuviese defendiendo la felicidad de mi hija.

Luis apremió con impaciencia.

—Esta es su equivocación, señor Vaquer; porque la felicidad de su hija se encuentra atada a mí.

Se acaloró el señor Antonio Vaquer.

—También la felicidad de tu madre estaba atada a tu padre, ¿verdad? También ella creyó en él y cariñosa y amante. Era, como mi hija, muy rica; pero cuando su fortuna se hundió en el abismo sin fondo de vuestras deudas de familia, tu padre se fué del mundo dejándola que se muriera de hambre con sus dos hijos, uno de ellos enfermo; y si no murió fué porque la generosidad de ... algún viejo amigo lo impidió. Mira ese cuadro de tu pobre madre y dime si algún padre querría ver a su hija seguir el mismo camino que ha seguido tu pobre madre.

—Es usted muy duro, señor Antonio.

—¿No te parece que sería mucho más duro si dejase ir a mi hija hacia la desgracia?

—Yo la quiero con toda mi alma.

—No te engañes, Luis. Nunca se te hubiera ocurrido pensar en ella si no te hubieras encontrado en el atolladero que te encuentras.

—No es cierto.

—¿Que no es cierto?... Bien pruébame.

—¿Que es lo que he de probar?

—Pruébame que quieres a mi hija desinteresadamente.

—¡Si no le basta a usted mi palabra! —se despertó Luis—; si exige usted pruebas materiales, ¿Cómo voy a dárselas? Ya le he dicho que me quedé aquí por ella y usted no quiere creerlo. Le he asegurado que por ella he renunciado a un porvenir más de acuerdo con mi educación y mi clase y...

—Eso, eso: pruébame eso, si puedes; prué-

bame que por estar cerca de ella le has sacrificado una posición probable. Ya ves que me contento con poco...

—Pero, ¿cómo quiere usted que se lo pruebe, hombre de Dios? —se impacientó Luis—. ¿Es que usted no conoce, ni comprende, que un hombre con mi carrera, con mi apellido, con mis relaciones, con mi inteligencia en fin hubiera terminado por abrirse paso, ejerciendo con constancia su profesión? ¿Y eso no es una posición, no lo hubiera sido dentro de unos años?

—Todo eso son hipótesis, Luis. Muchos fracasan. ¿Quién te dice a ti que tú no fueras uno entre tantos? ¿Y esas hipótesis, esas probabilidades, son únicamente lo que le has sacrificado a Josefina?

Por un rato hubo entre los dos violento y embarazoso silencio. Luis estaba lleno de una cólera que le subía en lágrimas y desesperación hasta los ojos. Lo peor era que comprendía que Vaquer estaba en lo cierto. Y, abatido y despechado, se levantó para marcharse.

—Yo procuraré probarle a usted... Déme un plazo —rogó aún abatido.

Vaquer se mantuvo irreducible.

—Mira, Luis: lo mejor será que trates de olvidar que todo esto ha ocurrido entre nosotros y que sigas mirando a Josefina como a una antigua amiga de la infancia.

—¡Eso no puede ser, señor Antonio! ¡La quiero demasiado para transformar tan fácilmente el amor en puro sentimiento de amistad! —Gritó, con vehemencia, Luis Rivera.

Una sombra se dibujó sobre la pared empapelada con bonito papel a grandes rosas. Los dos hombres sintieron súbitamente que entre ellos se interponía alguien. Volviéronse. En el vano de la puerta Josefina, vestida de azul, muy pálida, con los labios un poco temblorosos estaba en pie.

—¡Hija! ¿Cuándo has venido? — preguntó con dolor e inquietud el padre.

—Hace ya un rato.

—¿Entonces has oído...? — exclamó, desolado, Luis.

—Sí: todo — declaró sordejamente.

Se acercó a los hombres; puso una mano en el hombro de su padre y apretó con la otra una de las de Luis.

—Papá: yo no te desobedeceré nunca. Ya lo sabes... Luis ha demostrado conocerme muy bien cuando te lo ha asegurado así hace un momento. No me casaré con él si tú no quieres; pero —y se volvió con tierna firmeza hacia su novio —despídete de hacer, para mí proyectos de boda con Joaquín del Olmet o con otro cualquiera, porque no me casaré con nadie.

—¡Josefina! —se estremeció todo de apasionado amor Luis Rivera.

—Lo que te digo. Te querré toda mi vida. Y porque te quiero bien no consentiría nunca que truncaras tu carrera por mí para sepultarte fuera del mundo conmigo en este rincón.

—¡Es que este rincón es mi paraíso, Josefina! No es ningún sacrificio para mí quedarme en él. Sacrificio sería irme donde no te pudiera tener cerca ni oír tu voz todos los días.

—Josefina, basta de esta escena, ¿no te parece? —se impacientó el señor Antonio, quitando con rudeza de sobre su hombro la mano de su hija.

—No, papá: un momento aún. Tú ya has hablado. Ahora me toca a mí. Oye, Luis: yo creo que papá reflexionará y llegará a comprender dónde está la felicidad de su hija...

El señor Antonio Vaquer empezó a pasear agitadamente por el escritorio. Toda su persona era viviente protesta.

—...pero si llega a comprenderlo y hace imposible nuestro casamiento, tendremos que separarnos...

Dolorosa crispación contrajo las facciones de Luis Rivera, que por su palidez semejaban talladas en mármol. Josefina sintió que la subía del corazón a la garganta un sollozo ante esta amargura tan sincera del joven; pero tuvo aún el valor necesario para concluir en estos términos:

—...y nos separaremos sin amargura, porque el deber se debe cumplir así: sin amargura; con esa alegría interior que nace de la conformidad con la voluntad del Señor, como nos enseñaron a cumplirlo los santos. Y entonces tú

serás libre de buscar tu dicha... donde creas que has de encontrarla...

—¡No, mi vida, nunca!, ¡nunca!, ¡nunca! —exclamó desesperadamente Luis, triturando casi la dulce manecita que había ido a parar entre las suyas.

—...y yo viviré como pueda, sin alegría, sin ilusiones... hasta que Dios quiera sacarme de este mundo.

Se contrajo su voz, emocionada. Calló un momento. Después se rehizo y su faz quedó serena, mientras las lágrimas corrían lentamente por sus mejillas. Luis la miró con una especie de deseo hambriento: el deseo muy humano de consolarla con su ternura. Mas las palabras no le acudían a los labios: sentíase humillado, dolido por la actitud de Antonio Vaquer y exaltado hasta la bienaventuranza por el gesto de Josefina. Luis, sin cuidarse de la presencia del padre —que acaso disimulaba su enternecimiento tras un gesto hosil— besó con reverencia una y otra vez la temblorosa manecita de la muchacha, entre un aluvión de palabras tan saturadas de cariño que cayeron sobre la molinera como rocío bienhechor. Luego, en súbita y brusca transición, salió del escritorio sin decir adiós siquiera.

—————

—Señor Antonio: yo quisiera decirle a usted una cosa...

A Teresa la Rabuda se le había enronquecido un tanto la voz. El señor Vaquer, sin levantar los ojos del diario que acababa de entregarle el cartero, contestó distraído:

—¿Y qué haces que no la dices?

Estaban en la puerta misma del molino aquel día muy quieto y solitario por ser el de San Juan y haber echado a correr toda la gente en busca del baile y el jolgorio. Bajo el emparrado de rosales floridos, vides y madreivas, habían colocado el sillón de tía Genoveva, quien se durmió beatíficamente mientras su hermano leía y Teresa preparaba algunas legumbres acabadas de coger de la huerta. El sol estaba ya casi en el ocaso. El huerto se mostra-

ba en todo el esplendor de las galas veraniegas. El rumor del mar subía manso y suave como un cántico y el río salmodiaba su eterna melodía entre los juncos, baladres, chopos...

—La diré, la diré... —se decidió la sirvienta—. ¿Usted se ha dado cuenta de cómo está su hija? —Y en la voz, siempre cordial de la mujer, había ahora cierta nota agria de reproche.

—¿Cómo se está quedando mi hija, vamos a ver?

—Con la piel y los huesos, señor Antonio. Si parece el Santo Cristo de Limpias.

—Será la entrada del verano —remugó con malhumor el molinero sin querer apartar sus ojos del periódico.

—Y la tristeza que se la come, ¿también será la entrada del verano? —volvió a insistir Teresa, cada vez más agresiva—. Desde aquella mañana que Luis Ribera se encerró con usted en el escritorio y luego acudió Josefina, que ella no es quien era. Ustedes sabrán de lo que trataron porque a mí —como ya no soy nadie, no se me tiene en cuenta—; pero desde entonces ella no vive. Ni come, ni se ríe, ni canta, ni hasta creo que duerme como Dios manda porque las más de las mañanas tiene unas ojeras al levantarse la pobrecita... Y esta tarde —ella que siempre ha sido tan alegre— no ha querido salir. Las amigas le han mandado recatío que la esperaban, que había baile y merienda en casa de doña Juana Puertas. Y no ha ido. Arriba en su cuarto la tiene usted leyendo o pensando Dios sabe qué cosas. Pasando las horas en la soledad, por hacer algo. Mire usted, señor Antonio, aunque usted crea que a mí no me importan las cosas de esta casa, sí que me importan. Y las de esa chiquilla, más aún, porque usted sabe que entre su tía Genoveva y yo la hemos sacado a flote, tan pequeñita como era cuando su madre murió. Y como todo lo de ella me llega al corazón, usted no debe agraviarse si le digo que a mí no me parece bien que esté pasando todo lo que pasa.

—¿Y qué es lo que pasa?

—¡Hágase el inocente! ¿Es que todo el pue-

blo no sabe que habla con Luis Ribera y que se muere de tristeza porque usted ha dicho que no consentirá nunca que se casen?

—¿Con que Josefina sigue teniendo relaciones con Luis? —dijo Vaquer con fingido asombro—. ¿Qué me cuentas? Si yo creí que eso se había acabado, mujer.

—Usted lo que está haciendo es tomar a chacota una cosa muy seria; porque su hija va a morir de desesperación y de pena si no pone usted remedio.

—¡Bueno, cállate ya! —saltó Vaquer bruscamente.

Aparecía Josefina. Iba vestida con bonito vestido de gasa rosa que prestaba singular encanto a su figura estilizada. Se paró, oteando vagamente el paisaje. Después se dirigió, con paso decidido, hacia la verja del huerto donde se emparraba una diamela.

—¡Josefina! ¿Dónde vas? —gritó casi el señor Antonio.

Se volvió lentamente, con una calma peor que la explosión de la cólera.

—¿Te interesa?

—¡Es claro que me interesa! Si quieres darme; porque los hijos de hoy ya no tienen deberes para con sus padres y hemos de pedirlos por favor lo que antes os exigíamos como un derecho... —se exaltó el hombre.

—Los deberes de los hijos y los derechos de los padres serán siempre los mismos mientras haya educación, respeto mutuo y cariño —contestó suavemente Josefina, sin dejar de mirarlo ante sí como una alucinada—. Si quieres sabes adónde voy, te lo diré: al margen de las enredaderas, a charlar un rato con Luis.

—Pero, ¿todavía va eso? —se indignó el molinero.

—Siempre, papá —respondió con firmeza Josefina.

—¿Y si te lo prohibiese?

—Obedecería. Ya sabes que sí; pero serías muy duro y muy cruel, porque me quitarías la única alegría de mi vida y ¡tengo ya tan pocas!

Abrió la puerta y salió, mientras su padre sentía caer sobre su corazón la losa de infinita angustia. Mordido por una pena grande, el

hombre se levantó, sin decir palabra, y subió a su cuarto. Desde abajo, Teresa le sentía medir el pavimento de la estancia en agitados pasos. ¡Pobre señor Vaquer! No era ya precisamente un hombre joven. Se casó bien entrado en la treintena y el duro y continuo trabajo de su vida adelantó en su cuarteada naturaleza los síntomas de la vejez. Las emociones de los últimos tiempos eran como ataques violentos a una fortaleza mal defendida. Había ratos en que se preguntaba si en realidad le asistía el derecho de obrar como obraba; si no iba lamentablemente equivocado; si creyendo laborar por la felicidad de su hija no la llevaba a una desgracia segura.

No era menester que Teresa se lo indicara para que él se diese perfecta cuenta del estrago que en la salud de Josefina estaban causando los recientes disgustos. Todo en el molino se resentía del estado de ánimo de su ama. Su energía y su solicitud por la buena marcha de la administración familiar parecían haber desaparecido. Ahora lo dejaba todo en manos de Teresa y se le pasaban los días sin echar una mirada a la granja ni asomar por la cocina del casero a repartir la comida entre los braceros. Consumida, flaca, triste, zahareña... ¿Era esta misma aquella Josefina que ponía en revolución el molino y tenía embobados a los mejores mozos del contorno?... Una sombra: la sombra que acudía todos los anocheceres, fielmente, a la cita de Luis Ribera.

Contra todas las previsiones del señor Antonio, Luis Ribera mantenía su actitud y su palabra. Continuaba trabajando en la tierra al frente de sus hombres —con secreto entusiasmo de Vaquer, que era bastante justo para rendir tributo al mérito—, revolviendo de arriba a abajo La Foya, y roturando terrenos baldíos sin parar; pero arracándole sonrisas de incredulidad cuando alguien se lo hacía notar.

—Ya se causará. El día menos pensado lo echa todo a rodar y se larga a Madrid —decía.

Sin embargo, los días pasaban y Luis se iba

*Continuará.*

Estos bellísimos artículos fueron publicados hace algunos años y nos supli a un verdadero Apóstol de la enseñanza que los reproduzcamos de nuevo porque en ellos encontrarán las enseñanzas de un Santo y también les servirán para comprender cuán hermosa es la misión del maestro... modelar almas... prepararlas para la vida y llevarlas al ideal supremo que es nuestro principal fin amar a Dios sobre todas las cosas.

Maestras y maestros, no importa que no seáis comprendidos, ni que se reconozca vuestra abnegación, aun mejor que seais ignorados. Pero estad satisfechos de vuestra labor y de que vuestros discípulos os amen e imitad a to-

dos aquellos verdaderos apóstoles de la Enseñanza. No olvidéis a García Flamenco, aquel humilde maestro que allá en lejano pueblecito laboraba en modelar las almas de sus niños y murió mártir por la VERDAD. Imitad al sublime Maestro Jesús, quien nos dejó sus sabias enseñanzas para que las siguiéramos y enseñádes lo que os exigen los programas, pero más que todo haced niños puros, humildes, sencillos, buenos, fraternales; enseñádes a tener responsabilidad de sus deberes y muy pronto sentiréis que vuestro yugo es suave... Enseñádos a amar a Dios sobre todas las cosas y todo lo demás os llegará por añadidura.

Sara Casal Vda. de Quirós.

## Ars ya no es Ars

¡Ars ya no es Ars!... El pueblo, la aldea, la ciudad en que actúe un apóstol, ya no es igual a sí misma... Hay en ella renovación, cambio favorable, progreso visible, saneamiento de costumbres hay espíritu cristiano, que es la síntesis y esencia de toda civilización y verdadero progreso.

Así pensaba yo ante el altar que guarda el cuerpo del Santo Cura, meditando en vuestro apostolado y pidiéndole protección, para que éste fuera cada día más fecundo.

Y lo pedía con instancia, porque no concibo a una antigua alumna teresiana, si no es haciendo vida de apostolado; esto lo habéis aprendido en los albores de vuestra existencia, cuando tal vez no os diérais cuenta exacta de que aquel tejer y destejer en cosas aparentemente pequeñas os llevaría a un fin tan elevado como es el de hacer bien a otras almas, transmitiéndoles el que vosotras habéis recibido.

Buscar la perfección en sí sin pensar en las almas, sería inconcebible, pues apenas tenemos conocimiento de algo, y se interesa el corazón, surge el afán de comunicarlo. Por eso vemos que la historia de los Santos, y de todos los grandes hombres es historia de proselitismo. Las ideas madres, tal vez sean hijas de los genios, pero la difusión de esas ideas, y sobre

todo, la propagación del bien, siempre llega a los pueblos por las almas santas.

No os podéis suponer, por todo esto, cuán intensa fué mi emoción durante las horas que estuve en Ars.

Tal vez a alguna se le ocurra esta pregunta, que no quiero dejar sin respuesta. ¿Qué analogías puede tener el apostolado del Santo Cura, con misión sacerdotal y divina, y este otro apostolado sencillo, femenino, seglar, de una jovencita formada en un Internado teresiano? Aquí está precisamente el nudo de la cuestión y sobre ello voy a ir discuriendo con vosotras.

En la vida del Santo Cura hay analogías y diferencias con vuestro apostolado. Deteniéndonos tan sólo en las analogías, yo las cifro y sintetizo en esta frase: ¡Ars, ya no es Ars!

¿Queréis hacer una excursión conmigo y, puesto que estuve anteriormente en estos lugares, os los iré mostrando, haremos algunas visitas provechosas, dejaremos hablar a los vecinos, testigos de aquella vida apostólica, leeremos en los hechos y sacaremos una experiencia y una hermosa lección práctica?

Pues quedáis invitados, pero *sin prisas*.

Si á un cursillo intensivo en el que tomaremos aire puro, admiraremos las bellezas del

campo, nos adentraremos en otras bellezas morales y estudiaremos, de cerca, una verdadera escuela activa, con métodos propios, procedimientos adecuados y centros de interés, ¡del mayor interés! para vuestro espíritu. Con esto, hasta os podéis dar la importancia de haber visitado *escuelas* del extranjero, sin haberle costado dinero al Estado.

No importa que vengáis pocas; algunas no se atreven a ir tan lejos.

Prefiero la selección, porque así sacaremos más fruto. Las que vengan, háganlo con deseos de saber, de imitar, de copiar, de gozar, de rectificar. Vengan a empaparse de espíritu apostólico.

Comenzamos nuestro viaje de estudio partiendo de Lyon. La salida es muy de mañana; en la estación de Lyon-Perranch, a las ocho. Por el camino recuerdos de aquellas renombradas peregrinaciones que incesantemente, cual hermiguero humano se dirigían a Ars en vida del Santo Cura. Las multitudes iban por una absolución, una palabra de consuelo

o aliento, una bendición, un alivio en las penas... Nosotras vamos con una intención menos personal y egoísta: intención universal; vamos a aprender a tratar a las almas...

Después de varios cambios; dos en ferrocarril ordinario y últimamente, en ferrocarril eléctrico, llegamos, con el toque del Angelus, a las puertas de Ars.

Abierto el libro de los recuerdos, evocamos al Cura a su llegada a la aldea, cuando apenas era perceptible el sonido de la campanilla de la Iglesia y cuando él rezaba, solitario ante el Sagrario, la salutación angélica. Los vecinos le dejaban solo: él no poseía aún el *arte de saberlos buscar*.

Varios años después esta misma campana de hoy, que él hizo colocar en el campanario, se hacía escuchar por toda la aldea y por los campos vecinos y, a su señal, los más próximos se congregaban junto a su Pastor y todos interrumpían sus faenas, para levantar las manos y el corazón al cielo. Ya había unidad de

## COMPRE

# Lotería Nacional

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos, aumentar las comodidades, y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

ideales, contacto de almas, identificación de sentimientos...

Primer golpe de vista: los campos de Ars. Estamos en un valle, por donde corre un pequeño río, de Fontblin, que es torrentera en invierno y suave hilito de agua cristalina en el verano. Diseminadas por el valle, las casas modestas de estos vecinos y algunas ya, de más pretensiones, dando un aire de modernidad a la vieja aldea.

Por estos campos quedó, sin duda, la paz santa que emanaba del Párroco.

Tal vez sobre esta piedra se arrodillaba para rezar su breviario... Quizá esta fué la veredita por donde pretendía huir a la soledad, para acabar en ella *su pobre vida*... ¿Sembraría este arbolito para que diera sombra al caminante?... En aquella pequeña elevación hablaba a sus hijos... A este viñedo venía con las niñas de la Providencia, para enseñarles a vendimiar y que pudieran remediar su miseria... ¿No os recuerdan estos campesinos que trabajan tan en silencio y paz, a aquellos otros, padres y abuelos de ellos, que comenzaban sus faenas después de la oración matutina, habiendo pasado antes por la Parroquia, para *mirar a Jesús* y ser mirados por El, que luego plantaban cruces en la heredad, rezaban las Ave-Marías todías las horas, se ayudaban mutuamente, no blasfemaban, no hurtaban, respetaban el día del Señor...? ¿Verdad que estos labriegos conservan aquel sello y son los herederos de aquel espíritu...?

Encaminemos nuestros pasos hacia la Iglesia, pero como el camino es un poco largo, vamos a ir recordando lo que era esta aldea, hoy tan renombrada, a la llegada de su Cura, allá en el año 18, del pasado siglo.

Ya oigo alguna voz que replica: —A lo menos en lo material esta aldea tan alegre y risueña tiene atractivos, pero, y ¿el pueblo en donde yo soy maestra, tan triste, tan pobre, tan miserable?

Es que la transformación de este pueblo fué completa. A la llegada del Cura, era Ars un verdadero hoyo en toda la extensión de la palabra; caminos intransitables y fangosos; tierras poco y mal cultivadas; sin este arbolado que tanto lo embellece; casas diseminadas y miserables; vecindario reducidísimo. Y como además todo lo que es pobre y mal cuidado, es sucio y desagradable, el aspecto de Ars no sería mucho más grato que el del pueblo en donde actúas.

Bien que fuera materialmente pobre, me decís, pero, sus vecinos ¿no serán mejores cristianos? ¿No ve usted qué difícil es actuar en estos tiempos de laicismo?...

Olvidáis acaso el laicismo francés del pasado siglo y su repercusión en el mundo entero, y aun en nuestra amada España. La infancia del Cura de Ars, se deslizó en la época crítica del terror; hubo en su propia parroquia un cura juramentado y su familia, al igual que otras que se conservaron fieles, hubieron de hacer largas caminatas a oscuras y en grandes peligros, para acudir al lugar donde se celebraba el Santo Sacrificio. Así hizo nuestro Apóstol su primera Comunión...

No os voy a hablar con detalles de aquella época de terror en Francia porque bien conocida es de vosotras y por tanto sabréis medir la influencia y trascendencia que ejerció en los pueblos la continuada persecución religiosa. Laicismo obligatorio durante períodos muy largos; escuela sin Dios, persecución y matanza

Para sus BUENOS LIBROS

**La Librería Las Américas**  
**Avenida Central**      **Teléfono 5507**

de los sacerdotes que permanecieron fieles; sustitución por otros sacerdotes juramentados, que estaban fuera del seno de la Iglesia Católica... ¿Os dais cuenta del estado no sólo de ignorancia religiosa, sino de perversión, a que llegarían los pueblos? Y este de Ars no había de ser una excepción

El paganismo práctico, había ido poco a poco socavando los cimientos de la fe. Los verinos no asistían a Misa los días de precepto y en cambio trabajaban en sus campos y mercados. Tenían una falta absoluta de formación religiosa y reinaba entre ellos una gran ignorancia, pues casi ninguno sabía leer, ni escribir.

Con esta falta de principios no os sorprenderá ahora saber que blasfemaban, como desgraciadamente lo hacen en nuestros pueblos de España; eran amigos de pendencias, bebían más de lo debido, ¡cuatro tabernas para unos 200 habitantes!, amigos de bailes, trasnochadores con pretexto de fiestas más o menos habituales, y esto; por las malas condiciones de casas y alumbrado, eran causa de graves pecados; en las ventas y negocios eran, como todos, amigos y codiciadores de lo ajeno...

¿Os atrevéis ahora a decir que vuestro pueblo es malo, la situación social difícil y otras mil cosillas que se escapan cuando no hay mucho amor de Dios en el alma? Este era Ars en el año 1918. Y así las cosas, se les entra por las puertas el Santo Cura, que aun no era Santo, pero que ya trabajaba por llegar a serlo.

Por aquí vendría tal vez cuando divisó la pobrísima y primitiva Iglesia que casi no se distinguiría de las otras viviendas. ¿Qué hizo ya en las proximidades de ella? Cayó de rodillas y pidió por las almas que el Señor le confiaba...

Se encomendó también al Santo Angel Custodio del pueblo, para caminar *de acuerdo* en la salvación de sus habitantes.

Me parece que alguna de vosotras se sonroja, porque recuerda su entrada en el pue-

blecillo de X. Al divisarlo ¡qué llantina de desaliento! ¿Y yo me voy a meter en esta tumba?, decías. ¡A mí me entierran! ¡Me volveré tan ignorante como ellos...! ¡Qué tristeza! ¿Cuándo serán las primeras vacaciones?... Enseguida pediré la excedencia, porque ¿qué voy a poder yo hacer aquí?...

¿Qué vas a poder hacer allí? Contigo sola, y en ese estado, *nada*. Con Dios, y llena de santa confianza, *todo*.

Descansemos unos instantes y pongamos ya en práctica entre tanto, la primera lección; recemos al Angel tutelar de los pueblos, en donde ejercéis vuestro apostolado, para que velen por vuestros niños; ellos y vosotras tenéis una misión análoga que cumplir y debéis caminar *de acuerdo*... ¿Tenéis esto presente alguna vez?

Terminemos ya estos obligados preámbulos y entremos en Ars, dirigiéndonos primeramente a la Parroquia. Sin más comentarios, sin observaciones, vayamos cerquita del Sagrario...

¿Es esto lo primero que hicisteis vosotras al llegar a vuestros respectivos pueblos? ¿Qué os inspiró Jesús? ¿Qué le prometiste vosotras? Muy personal e íntima es la pregunta, pero nos va a dar la respuesta el Santo Cura. Atrochillado aquí, como lo estáis vosotras, con su horror al pecado y la delicadeza de aquella conciencia, vió el estado del pueblo y sin desahucarse en lamentaciones inútiles, ni comentarios faltos de buen espíritu, prometió poner manos a la obra. Su labor, como la vuestra, era concreta, inmediata. Hubiera perdido el tiempo pensando en que debía evangelizar el mundo, en que tantos infieles gimen sin conocer al verdadero Dios, en que las grandes ciudades son hervidero de vicios y él podría acudir a evitarlos... Su misión era *más pequeña, más concreta, más determinada*: su misión estaba en Ars. La vuestra está en aquel pueblecito extremeño, minado por el socialismo y envenenado por las malas doctrinas; en aquel otro ardaluz de gente ignorante y mal aconsejada; en este otro enclavado en la cuenca mi-

**Hagamos que los niños encuentren en sus juegos de hoy, motivos, bases y sugerencias para sus creaciones de mañana**

nera asturiana, en donde se respiran odios y venganzas. En la aldea de X, sin caminos accesibles; en la de Z... donde se desconocen los deberes religiosos y morales... ¡Allí! En ese lugar está vuestra misión y está Jesús esperando desde el Sagrario. Es el primer abandonado; el que suspira por vuestra compañía y espera las delicadezas de vuestro amor.

¡Cuántas veces soñamos con hacer obras heroicas cuya realización no está en nuestra ma-

no y dejamos sin hacer las pequeñas obligaciones de cada día! ¡Deseamos convertir el mundo y descuidamos el poco bien espiritual que podríamos proporcionar a nuestros más allegados parientes!...

¡Soñamos con el martirio y no somos capaces de imponernos, por las almas, el más insignificante sacrificio!...

*María Josefa Segovia.*

(Boletín de la Institución Teresina).

**NECESITAMOS: Un buen Agente para REVISTA COSTARRICENSE en Limón, y en Tres Ríos.**

## RECETAS DE COCINA

*A cargo de doña Digna Casal de Solari,  
Profesora de Cocina graduada en Bruselas.*

### MANJAR BLANCO

Cinco vasos de leche se ponen a hervir con una libra de azúcar, moviéndola a menudo; cuando está bien espeso se le agregan dos onzas de almendras peladas y molidas; una cucharadita de cáscara de limón rallada; media de canela en polvo; se mezcla bien y se pone a hervir hasta que se vea el fondo de la olla, meheándolo constantemente, luego se pone en un platón a enfriar y se sirve.

### ESPECULACIONES

Estas galletas se comen en Europa en todo hogar en Noche Buena:

250 gramos de harina, 150 gramos de azúcar moreno, 100 gramos de mantequilla, media cucharadita de canela en polvo, la punta de un cuchillo de nuezmoscada rallada y un gramo de carbonato de amoníaco, que venden en las bo-

licas. Se mezcla todo, se hace una bola, se tapa con una servilleta y se deja en un lugar fresco hasta el día siguiente que se extiende la pasta con un bolillo y se va cortando en galletas. Si se tienen moldes en forma de animales es de más efecto. Se van colocando las galletitas en cazolejas untadas de manteca y se asan a fuego lento hasta que esté de un dorado bonito; se guardan en una lata herméticamente.

## SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

**Tienda de DON NARCISO**

*Entregar al niño los tesoros de nuestra ternura,  
es darle más que la vida*

# Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

## SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

# Banco de Costa Rica

### ¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- \* ALIMENTACION ADECUADA;
- \* VESTIDO APROPIADO;
- \* CASA CONFORTABLE
- \* ATENCION MEDICA;
- \* EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

**BANCO NACIONAL DE SEGUROS** Fundado en 1924